

Acordaos, contestó el presidente con una solemnidad á que las bóvedas de aquel claustro añadian cierta majestuosa grandeza, que sois el baron de Saint-Hermine, que vuestro padre fué guillotinado en la plaza de la revolucion, y que vuestro hermano murió en el ejército de Condé. Nobleza obliga; ahí teneis vuestras instrucciones.—Y por lo demás? insistió el jóven.—Por lo demás, contestó el presidente, apelamos á vuestros juramentos y lealtad.—Entonces, amigos míos, permitid me despida al instante; querría que la luz del día me hallase en camino de París, y tengo que hacer indispensablemente una visita antes de emprenderlo.—Bien, dijo el presidente abriéndole los brazos, yo te abrazo en nombre de todos los hermanos. A otro le diria: «Sé valiente, perseverante, activo;» á tí me contentaré con decirte: «Sé prudente.»

Recibió el jóven el abrazo fraternal, saludó con una sonrisa á los otros amigos, estrechó la mano á dos ó tres de ellos, envolvióse en su capa, calóse el sombrero, y salió.

#### IV.

##### Romeo y Julieta.

Previendo su próximo regreso habíase lavado y limpiado al caballo de Morgan, y despues de darle doble pienso estaba ya otra vez ensillado.

No tuvo por lo tanto el jóven mas que pedirlo y montar.

Abrióse en seguida la puerta como por encanto; lanzóse fuera de ella el caballo relinchando de impaciencia, y olvidada ya su primera corrida, dispúsose á emprender con igual brio la segunda.

Fuera de la puerta de la Cartuja estuvo por un momento indeciso Morgan; volvió finalmente á la derecha, siguiendo un estrecho sendero que conduce de Bourg á Seillon, dobló de nuevo á la derecha, internándose en el bosque, para salir pronto al otro lado de la carretera de Pont-d'Ain, parándose despues de andada media legua en un reducido caserío, conocido hoy con el nombre de *Casilla de los Guardas*.

Tenia por señal la mas notable de aquellas humildes habitaciones una rama de acebo, como acostumbran la mayor parte de los ventorrillos, donde se detienen los transeuntes á reanimar sus fuerzas y descansar un instante antes de proseguir su lento y fastidioso viaje.

Al igual que en la puerta de la Cartuja, sacó Morgan una pistola, sirviéndose de la culata á manera de martillo; pero como, segun todas las probabilidades, los que habitaban la venta no eran conspiradores, tardaron mas tiempo en contestar que el portero de la Cartuja.

Oyóse finalmente el ruido de unos gruesos zapatos que avisaba la aproximacion del mozo de cuadra; abrióse la puerta, y, viéndose el buen hombre que se presentó en ella de

manos á boca con un caballero, pistola en mano, apresúrose instivamente á cerrarla de nuevo.

—Soy yo, Pataut, dijo el jóven; nada temas.—Ah! sí! contestó repuesto de la primera impresion el mozo; sois vos, M. Carlos. No es que tema; pero vos sabeis, como decia el señor cura, allá por los tiempos en que habia un buen Dios, que las precauciones son la garantía de la seguridad.—Sí, Pataut, sí, repuso el jóven apeándose y deslizando una moneda en la mano del prudente portero; pero no tengas cuidado, el buen Dios volverá y el señor cura tambien.—Oh! en cuanto á esto, bien se conoce, del modo que andan las cosas, que allí arriba falta álguien; ha de durar aun mucho tiempo esto, M. Carlos?—Te prometo hacer por mi parte todo lo posible para que concluya pronto. No estoy menos impaciente que tú; mas desearia que esta noche no te acostases, mi buen Pataut.—Ah! ya sabeis que es mi costumbre no acostarme cuando vos venís; en cuanto al caballo... Oh! vos lo cambiáis todos los dias: la penúltima vez era tordo, la última alazan, y hoy es negro.—Sí, soy muy caprichoso, pero por hoy, querido Pataut, nada necesita; no hagás mas que quitarle la brida, sin tocarle la silla. Toma, pon esta pistola en la funda y guárdame estas otras dos.

Y quitándose Morgan las que llevaba en el cinto, entrególas al mozo de cuadra.

—Dios mio! cuán armado vais!—Es que los caminos están muy poco seguros.—Qué han de estar! la semana última,

sin ir mas léjos, detuvieron y robaron la diligencia de Génova á Bourg.—Bah! dijo Morgan; y á quién se cuelga el milagro?—Oh! es una farsa; figuraos que se atreven á decir que fueron los compañeros de *Jesús*. Por supuesto, no lo he creído, Dios me libre! cómo si los compañeros de *Jesús* pudiesen ser otros que los doce Apóstoles?—En efecto, dijo Morgan con su acostumbrada sonrisa, no creo puedan ser otros.—Pues! prosiguió Pataut, acusar á los doce Apóstoles de que salen á robar las diligencias! esto es lo que faltaba ver! Oh! M. Carlos, os aseguro que hemos alcanzado unos tiempos en que nada se respeta.

Y con toda la filosofía de un misántropo disgustado, sino de la vida á lo menos de los hombres, condujo Pataut el caballo á la cuadra.

En cuanto á Morgan, despues de haber desaparecido Pataut en la oscuridad de las caballerizas, dió la vuelta á la pared que circuía el jardin, dirigiéndose á un grupo de árboles cuyas altas cimas, doblegándose é irguiéndose sucesivamente durante la noche con toda la majestad que es de suponer en tan gigantescas figuras, pareciansaludar á una elegante quinta, que llevaba por las cercanías el pomposo título de castillo de Fuentes-Negras.

Al llegar al pié del castillo, sonaba el reloj en la torre del pueblo de Montagnat. Atento Morgan al vibrante sonido, que se percibia distintamente en una quieta y silenciosa noche de otoño, contó hasta once vibraciones.

Cuántas cosas habian pasado en el corto espacio de dos horas!

Dió Morgan algunos pasos examinando la pared y buscando al parecer en ella algun sitio conocido, que llegó al fin á descubrir; pues deteniéndose de repente, introdujo la punta de la bota en un pequeño hueco que dejaba la union de dos piedras, alcanzó con la mano izquierda el caballete de la pared, ahorrajóse en ella de un segundo empuje, y con la rapidez del rayo dejóse caer á la otra parte.

Fué ejecutado este movimiento con tanta prontitud, agilidad y ligereza, que si por casualidad hubiese pasado álguien en aquel momento, habríase creído sin duda juguete de alguna ilusion.

Como habia hecho á la otra parte de la pared, detúvose Morgan á escuchar con atencion, penetrando con su mirada, en cuanto lo permitia la oscuridad, toda la extension del bosquecillo.

Todo permanecia solitario y silencioso.

Atrevióse despues de este exámen á proseguir su camino.

Hemos dicho de intento que se atrevió, porque desde que se acercó al castillo de Fuentes-Negras, descubríanse en el jóven una timidez y vacilacion tan poco conformes con su carácter, que indudablemente si algun temor tenia no era por su propia persona.

Adelantó hácia el bosquecillo tomando las mismas precauciones.

Al llegar á un prado, á cuyo extremo se levantaba el castillo, detúvose de nuevo, clavando su mirada con impaciente curiosidad en la fachada de la casa.

De las doce ventanas que en los tres diferentes pisos habia en ella, una sola tenia luz.

Era la del primer piso, mas inmediata á los ángulos del edificio.

Daba esta ventana ó abertura á un pequeño balcon, en el que se veian algunas macetas, cuyas plantas extendiéndose á lo largo del muro se enredaban en algunos alambres colocados al efecto, cayendo en verdes festones sobre el jardin.

A los dos lados de la ventana y colocados en el mismo balcon, crecian dos arbustos que iban á juntarse sobre la cornisa, formando un verde dosel.

Una persiana, que se abria ó cerraba con el auxilio de cuerdas, separaba el balcon de la ventana, desapareciendo cuando así se queria.

A través de esta persiana vió Morgan la luz que ardia en el interior.

El primer movimiento del jóven parecia indicar la intencion de atravesar directamente el prado; pero esta vez tambien vinieron á detenerle sus temores.

Una calle de tilos se extendia á lo largo de la pared y conducia á la casa.

Dió un pequeño rodeo para hallarse á la sombra de aquella bóveda de hojas.

Al llegar al extremo, atravesó, rápido como un gamo acosado, el espacio libre, encontrándose al pié de la fachada oculto en la sombra proyectada por el edificio.

Dió algunos pasos atrás, fijos los ojos en la ventana, pero sin salir de la sombra.

Llegado despues al punto deseado dió tres palmadas.

A esta señal, vióse en el aposento una sombra graciosa, flexible, casi trasparente acercarse á la ventana.

Repitió Morgan la señal.  
Abrióse entonces la ventana, y una hermosa jóven, cuya rubia cabellera caia recogida sobre sus hombros, apareció entre la verdura.

Extendió el jóven los brazos hácia la que los extendia tambien hácia él, y dos nombres, ó mejor, dos gritos salidos del corazon, se cruzaron en encontradas direcciones.

—Carlos!—Amelia!

Trepó entonces el jóven por la pared, y cogiéndose á las ramas que caian del balcon y aprovechando las casi imperceptibles desigualdades de la pared y el labrado de las cornisas, hallóse en un instante al lado de aquella encantadora beldad.

Lo que los dos jóvenes se dijeron entonces fué solo un murmullo de amor perdido en un interminable beso.

Pero con dulce esfuerzo entró el jóven con un brazo á su compañera en el cuarto, mientras con el otro soltaba la cuerda de la persiana que se cerró con estrépito.

Trás la persiana cerróse la ventana.  
Apagóse luego la luz, quedando toda la fachada del castillo de Fuentes-Negras en la mas completa oscuridad.

Un cuarto de hora despues oyóse el ruido de un coche en el camino que sale de la carretera de Pont-d'Ain con direccion al castillo.

Cesó de repente el ruido, lo cual daba evidentemente á entender que acababa de pararse el coche á la puerta de Fuentes-Negras.

## V.

### La familia de Roland.

El coche que acababa de pararse á la puerta era el que devolvía á su familia á Roland en compañía de sir John.

Tan distantes estaban los habitantes del castillo de aguardarle, que, segun hemos dicho, estaban apagadas todas las luces, reinando la mas completa oscuridad, aun en la ventana de Amelia.

Desde alguna distancia no habia cesado el postillon de hacer chasquar el látigo; pero este ruido era insuficiente para despertar á los que dormian con el primer sueño.

Detenido el coche, abrió la portezuela Roland, y púsose en tierra de un salto asiéndose al cordon de la campanilla.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos durante cinco minutos,